

ISAAC
ASIMOV
TRILOGÍA
DE
FUNDACIÓN



El Imperio Galáctico se derrumbaba. Su caída era inexorable, pero tan lenta como extenso el Imperio. Habría pasado desapercibida de no ser por un hombre, Hari Seldon, que supo adelantarse al futuro: mediante la ciencia de la psicohistoria, calculó que al Imperio le sucederían treinta mil años de barbarie.

Para acortar el interregno, Seldon estableció dos Fundaciones en extremos opuestos de la Galaxia: la Primera Fundación, un mundo de científicos físicos cuyo camino a través de las vicisitudes históricas vendría marcado por las «crisis de Seldon», una serie de giros previstos por la psicohistoria; y la Segunda Fundación, un mundo de científicos mentales que velaría por el rumbo de la Primera y realizaría las correcciones que el paso de los siglos hiciese necesarias.

Juntas, ambas Fundaciones constituirían la semilla de un nuevo Imperio Galáctico que, gracias al plan de Seldon, surgiría tan sólo mil años después de la caída del anterior.

Índice de contenido

Cubierta

Trilogía de Fundación

Fundación

Primera parte: Los psichistoriadores

1

2

3

4

5

6

7

8

Segunda parte: Los enciclopedistas

1

2

3

4

5

6

7

Tercera parte: Los alcaldes

1

2

3

4

5

6

7

8

9

Cuarta parte: Los comerciantes

1

2

3

4

5

6

Quinta parte: Los príncipes mercaderes

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

Fundación e Imperio

Prólogo

Primera parte: El general

1. En busca de los magos

2. Los magos

3. La mano muerta
 4. El emperador
 5. Comienza la guerra
 6. El favorito
 7. Soborno
 8. A Trantor
 9. En Trantor
 10. Termina la guerra
- Segunda parte: El Mulo
11. Los novios
 12. El capitán y el alcalde
 13. El teniente y el bufón
 14. El mutante
 15. El psicólogo
 16. La conferencia
 17. El visi-sonor
 18. La caída de la Fundación
 19. Empieza la búsqueda
 20. El conspirador
 21. Interludio en el espacio
 22. Muerte en NeoTrantor
 23. Las ruinas de Trantor
 24. El converso
 25. La muerte de un psicólogo
 26. El final de la búsqueda

Segunda Fundación

Prólogo

Primera parte: La búsqueda del Mulo

1. Dos hombres y el Mulo

Primer interludio

2. Dos hombres sin el Mulo

Segundo interludio

3. Dos hombres y un campesino

Tercer interludio

4. Dos hombres y los ancianos

Cuarto interludio

5. Un hombre y el Mulo

6. Un hombre, el Mulo, y otro

Último interludio

Segunda parte: La búsqueda de la Fundación

7. Arcadia

8. El plan de Seldon

9. Los conspiradores

10. Se cierne la crisis

11. La polizona

12. El señor

13. La señora

14. Nervios

15. A través de la reja

16. El comienzo de la guerra

17. Guerra

18. El fantasma de un mundo

19. El fin de la guerra

20. «Sé que...»

21. La explicación más convincente

22. La verdadera explicación

Notas

Fundación

Para mi madre,
que me debe no pocas de sus canas

Primera parte
Los
psicohistoriadores

1

HARI SELDON: [...] nacido el año 11988 de la Era Galáctica; fallecido en 12069. Es práctica común expresar las fechas en consonancia con la Era Fundacional en curso, p.ej., -79 con respecto al año 1 E. F. Criado en el seno de una familia de clase media en Helicon, en el sector de Arcturus (donde su padre, según una leyenda de dudosa veracidad, cultivaba tabaco en las centrales hidropónicas del planeta), pronto demostró poseer un talento asombroso para las matemáticas. Las anécdotas inspiradas en su habilidad son innumerables, y en algunos casos contradictorias. Se dice que cuando contaba dos años de edad [...]

[...] Es indudable que sus principales aportaciones se produjeron en el ámbito de la psichistoria. Cuando Seldon entró en contacto con la disciplina, ésta era poco más que un montón de vagos axiomas; gracias a él se transformó en una rigurosa ciencia estadística [...]

[...] Por lo que a los pormenores de su vida respecta, la mayor autoridad existente es la biografía escrita por Gaal Dornick, quien de joven conoció a Seldon dos años antes de que el genial matemático falleciera. La historia del encuentro [...]

ENCICLOPEDIA GALÁCTICA^[1]

Se llamaba Gaal Dornick y era un simple chico de campo que nunca antes había pisado Trantor. Literalmente hablando, al menos. Sí que lo había visto muchas veces en el hipervideo, y de forma ocasional en los espectaculares noticiarios tridimensionales que cubrían alguna coronación imperial o la inauguración de un consejo galáctico. Que jamás hubiera salido del planeta Synnax, el cual orbitaba alrede-

dor de una estrella en los confines del Cúmulo Azul, no quería decir que estuviera aislado de la civilización. Por aquel entonces, ningún rincón de la Galaxia lo estaba.

Era una época en la que la Galaxia contenía cerca de veinticinco millones de mundos habitados, y hasta el último de ellos debía lealtad al Imperio con sede en Trantor. Fue el último medio siglo del que se pudo afirmar algo así.

Para Gaal, este viaje constituía la cima indiscutible de su joven vida, consagrada a los estudios. Puesto que ya había estado antes en el espacio, la travesía era un mero desplazamiento entre dos puntos sin mayor importancia para él. Ciertamente es que sus anteriores excursiones se habían circunscrito al único satélite de Synnax, con el objetivo de recabar información sobre la mecánica de la deriva meteórica con la que documentar su disertación, pero quien surcaba el espacio una vez ya lo había visto todo, daba igual que se recorrieran quinientos mil kilómetros u otros tantos años luz.

Eso no impedía que anticipara con cierta ansiedad el salto a través del hiperespacio, un fenómeno que no se experimentaba en los viajes interplanetarios corrientes. «Saltar» todavía era, y probablemente seguiría siéndolo siempre, la única forma práctica de surcar las estrellas. La velocidad estándar de la luz limitaba cuán deprisa se podía recorrer el espacio (uno de los escasos hechos científicos que perduraban desde el remoto albor de la historia de la humanidad), lo que significaba que llegar siquiera al más próximo de los sistemas habitados requeriría años de travesía. En el hiperespacio, esa región inaprehensible que no era ni espacio ni tiempo, ni materia ni energía, ni algo ni nada, uno podía ir de un confín de la Galaxia a otro en el intervalo que mediaba entre dos instantes adyacentes.

Aunque Gaal había aguardado con aprensión el primero de dichos saltos, éste resultó no ser más que un leve estremecimiento, una sacudida interna casi inapreciable que terminó antes de que pudiera cerciorarse de haberla sentido. Eso fue todo.

Después de aquello no quedaba sino la nave, gigantesca y resplandeciente, el frío fruto de los 12.000 años de avances tecnológicos del Imperio; y él, con su recién obtenido doctorado en matemáticas y una invitación del gran Hari Seldon para acudir a Trantor y entrar a formar parte del ambicioso y no exento de misterio proyecto que llevaba su nombre.

Divisar por fin Trantor era lo que más ilusión le hacía a Gaal tras la decepción que había supuesto el salto. No salía de la sala de observación. Puesto que las persianas de acero estaban programadas para levantarse a intervalos regulares, él se las apañaba para encontrarse siempre presente en esas ocasiones a fin de admirar el despiadado fulgor de los astros, o para deleitarse con la espectacular evanescencia de un cúmulo estelar semejante a una gigantesca aglomeración de luciérnagas que alguien hubiera capturado en movimiento y petrificado para la posteridad. En cierta ocasión, el celeste vaporoso de una nebulosa de gas que estaba cinco años luz de la nave se extendió por la ventana como leche derramada a lo lejos, inundando la estancia con un tinte glacial antes de perderse de vista al cabo de dos horas, después de otro salto.

La primera impresión que daba el sol de Trantor era la de ser una mota blanca prácticamente perdida entre una miríada de puntitos iguales, reconocible tan sólo gracias a las indicaciones del navegador de a bordo. Las estrellas se masificaban en el centro de la Galaxia. Pero cada nuevo salto hacia que ésta brillara con más intensidad, eclipsando a las demás, diluyéndolas y difuminándolas.

Un oficial entró en la habitación y anunció:

—La sala de observación permanecerá cerrada durante el resto del trayecto. Nos disponemos a aterrizar.

Gaal había salido detrás de él, agarrado a la manga del uniforme que lucía el emblema de la nave espacial y el sol del Imperio.

—¿No podría quedarme? Me gustaría ver Trantor.

El oficial esbozó una sonrisa y Gaal se ruborizó, al tiempo que se le ocurría que debía de haber hablado con un inconfundible acento provinciano.

—Nos posaremos en Trantor por la mañana.

—Me refiero a que me gustaría verlo desde el espacio.

—Ah. Lo siento, muchacho. Tal cosa sería factible si esto fuera un yate espacial, pero hemos emprendido el descenso en espiral por la cara del sol. No olvides que la radiación podría abrasarte, cegarte y dejarte cubierto de cicatrices.

Gaal empezó a alejarse.

—Además —añadió el oficial a su espalda—, Trantor no sería nada más que un borrón gris, muchacho. ¿Por qué no contratas una visita espacial guiada cuando estemos en tierra? Son muy asequibles.

—Se lo agradezco —respondió Gaal, volviendo la vista atrás.

Sabía que la desilusión que lo embargaba era algo infantil, pero lo infantil es potestad de los adultos tanto como de los niños, y Gaal no podía evitar que se le hubiera formado un nudo en la garganta. Nunca había contemplado Trantor en todo su esplendor, al natural, y le costaba imaginar que la interminable espera aún tuviera que seguir prolongándose.

2

La nave aterrizó envuelta en una maraña de ruidos: el siseo lejano de la atmósfera rasgada que se deslizaba por el casco metálico de la nave; el ronroneo incesante de los refrigeradores enfrentados al calor producido por la fricción y el retumbo acompasado de la desaceleración forzada por los motores; el murmullo de las personas que se congregaban en las salas de desembarco y el rechinar de los ascensores que izaban maletas, sacas de correo y cajas al eje alargado

de la nave, desde donde se trasladarían más tarde a la plataforma de descarga.

Gaal sintió la leve sacudida que indicaba que la nave había perdido su independencia motriz. La gravedad planetaria llevaba horas suplantando a la de a bordo. Miles de pasajeros se habían armado de paciencia y aguardaban sentados en las salas de desembarco, habitáculos que se mecían con suavidad sobre campos de fuerza no rígidos para ajustar su orientación al capricho de las fuerzas gravitacionales. En estos momentos descendían por rampas curvadas en dirección a las grandes escotillas abiertas.

Una vez en cubierta Gaal, que viajaba ligero de equipaje, esperó mientras éste era registrado y reordenado de nuevo con rapidez y eficiencia. Apenas prestó atención cuando le inspeccionaron y sellaron el visado.

¡Estaba en Trantor! El aire daba la impresión de ser un poco más denso que en su planeta natal, y también la gravedad parecía ser ligeramente superior a la de Synnax, pero sabía que terminaría por aclimatarse. Dudaba, en cambio, que algún día lograra acostumbrarse a la inmensidad.

El edificio de desembarco era gigantesco. El tejado prácticamente se perdía de vista en las alturas. A Gaal no le extrañaría que se concentraran las nubes al amparo de su enormidad. No se veía ninguna pared al fondo de la sala, tan sólo gente y ventanillas, y un suelo que se extendía hasta tornarse borroso a lo lejos.

El empleado de la ventanilla estaba hablando de nuevo. Parecía enfadado.

—Apártese, Dornick. —Tuvo que abrir el visado y volver a mirar para recordar el nombre.

—¿Dónde... dónde...? —balbució Gaal.

El inspector apuntó con un pulgar por encima del hombro.

—Encontraré taxis a la derecha y la tercera a la izquierda.

Gaal se puso en marcha, contemplando las brillantes cintas etéreas suspendidas en el vacío donde se podía leer: TAXIS A TODAS DIRECCIONES.

Una figura se separó de la multitud anónima y se detuvo frente al mostrador mientras Gaal se alejaba. El empleado de la ventanilla levantó la cabeza y asintió sucintamente. El recién llegado imitó su gesto y partió tras los pasos del joven inmigrante.

Llegó a tiempo de oír cuál era su destino.

Gaal se tropezó con una barandilla.

En ella, un cartelito rezaba: «Supervisor». Sin levantar la cabeza, la persona a la que hacía referencia el letrero preguntó:

—¿Adónde?

Aunque Gaal no nadaba precisamente en la abundancia, sería sólo por esta noche, y después tendría un sueldo fijo.

—A un hotel de los buenos, por favor —respondió, intentando aparentar confianza.

El supervisor no se dejó impresionar.

—Todos lo son. Nombre uno.

Desesperado, Gaal replicó:

—Al que esté más cerca, si es tan amable.

El supervisor oprimió un botón. En el suelo se formó una fina línea de luz que zigzagueó entre otras igualmente parpadeantes de distintos tonos y colores. El billete que cayó en las manos de Gaal emitía un suave fulgor.

—Uno con doce —anunció el supervisor.

Mientras escarbaba en los bolsillos en busca de monedas, Gaal preguntó:

—¿Adónde me dirijo?

—Siga la luz. El billete no dejará de brillar mientras camine en la dirección adecuada.

Gaal levantó la cabeza y echó a andar. Cientos de personas hormigueaban por la vasta superficie, cada una de ellas siguiendo su propio rastro luminoso, agolpándose y